

Certámenes “Villa de Azuqueca 2003”

Ganadores de los certámenes



Oti Sánchez, concejala de Cultura
cultura@azuqueca.net

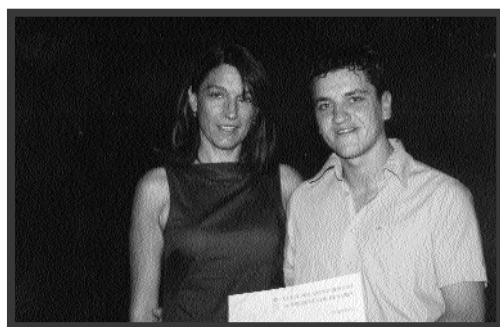
La Cultura, en casa

POR segundo año consecutivo, la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Azuqueca de Henares ha decidido editar en un suplemento especial dentro de nuestra revista Azucahica los trabajos ganadores de los distintos Certámenes Nacionales que convoca anualmente.

El objetivo del Ayuntamiento no es otro que facilitar a todos aquellos vecinos que así lo deseen el disfrute de un buen poema, la lectura de una narración, la percepción de una imagen fotográfica o la degustación de una buena pintura. Es una de las propuestas que la Concejalía de Cultura incluye dentro de su programación anual, que se desarrolla en gran parte dentro del Centro Cultural Municipal, ya sea en su salón de actos, en los talleres, en la biblioteca o en la sala de exposiciones.

Acercar las distintas expresiones artísticas a todos los ciudadanos, y fomentar la Cultura, en su más amplio sentido, entre todos los y las azudenses es la labor de esta Concejalía, un trabajo gratificante que desempeñamos con ilusión y con la esperanza de que con ello contribuyamos al enriquecimiento intelectual de la sociedad azudense, una comunidad abierta, solidaria, participativa y receptiva.

XIX Certámen nacional de cartel mural “Fiestas de Azuqueca 2003”

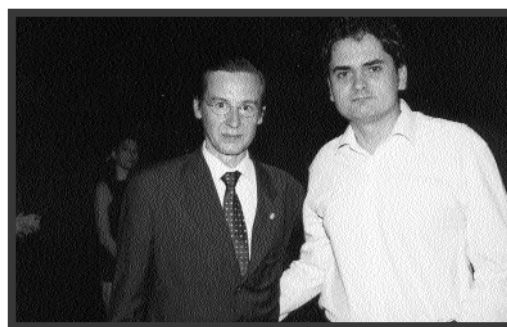


La concejala María Ángeles Díaz, fue la encargada de entregar el premio al ganador del certamen de cartel mural

Obras presentadas: 10
Ganador: “Fiestas en Danza”

Autor: Rodrigo Díaz Sánchez
Dotación: 600 euros y diploma

XIX Certámen nacional de Poesía “Villa de Azuqueca 2003”



El concejal Manuel Pardo hizo entrega de su premio al ganador del certamen de poesía

Obras presentadas: 75
Ganador: “El movimiento de los insectos”

Autor: Miquel López Crespí
Dotación: 600 euros y diploma

XIX Certámen nacional de narrativa

Obras presentadas: 63
Ganador: “El viaje de Laura”
Autor: Rubén Álvarez Vázquez
Dotación: 600 euros y diploma

XIX Certámen nacional de fotografía

Obras presentadas: 11
Ganador: “Boutique I, II y III”
Autor: Julián Barón García
Dotación: 600 euros y diploma

Mención: “Boceto de un recuerdo olvidado”
Autor: José Ramón Luna de la Ossa

Mención: “El hechizo de la luz I, II y III”
Autor: José María Mellado Martínez

XIX Certámen nacional de pintura

Obras presentadas: 61
Ganador: “Espacio Abierto”
Autor: Cruz Ciudad Boiza

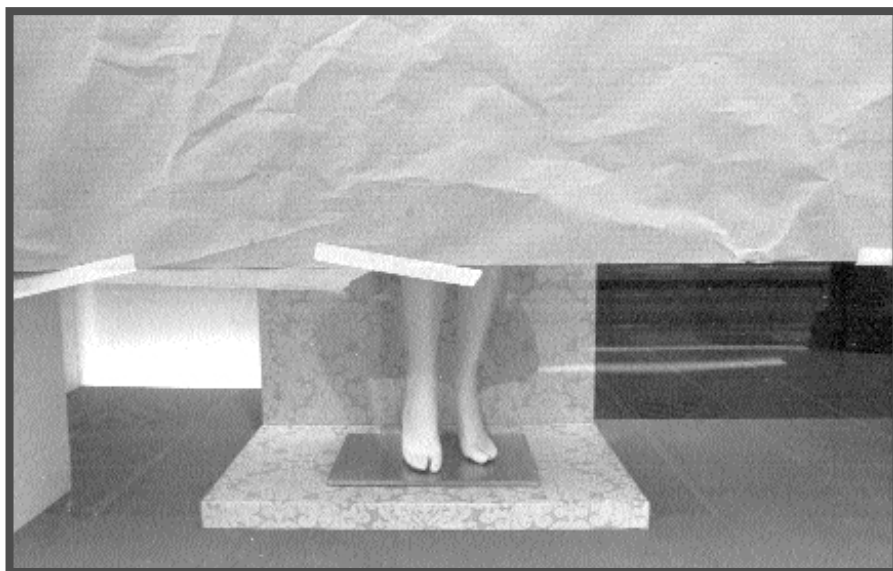
Mención: “Budía”
Autor: Pablo Rodríguez de Lucas

Mención: “Desolado”
Autor: Amalia del Álamo Gómez



Certámenes “Villa de Azuqueca 2003”

Ganadores de los certámenes



Colección ganadora:
“Boutique I, II y III”
Autor: Julián Barón

Certámenes “Villa de Azuqueca 2003”

XIX Certamen Nacional de Narrativa “Villa de Azuqueca”

El movimiento de los insectos

La guerra

Los días se acaban. Acechan noches oscuras,
silentes tumultos de mortajas
y opacos amaneceres imprevistos.
Quizá vaya siendo hora de hacer
recuento de los instantes
que hemos vivido,
de las gotas de agua limpia que bañaron
nuestra cara antes del combate.
Las nubes se alejan en una estampida sin aliento.
Todo anuncia el extraño viaje a través de la carcoma
y sus sedientos pozos llenos
de falsas promesas y escorpiones.
El contorno de la despedida se acerca y se dilata,
punzante,
abriendo la carne,
buscando la cálida matriz que nos sostiene.
Regresan la fiebre y los aullidos,
el canibalismo de la vida cotidiana
cerrándose sobre nuestro cielo y aquel sueño
de savia y luz eterna.
Pero todo anuncia la guerra.
Pasan los bombarderos clavándose en la aurora.
He aquí el espanto regresando,
los niños sin escuelas ametrallados en la acera.

Los gozos de tu nombre

Busco la alegría,
los gozos de tu nombre,
la fuerza de la luz concentrada en millones de soles
muy distantes,
el amor quemante,
ese bullir de la lava que late bajo la nieve
que cubre las montañas.
En algún sitio el arco iris secuestrado,
el concierto del océano en las caracolas de la playa,
el poder inmenso de todas las constelaciones
condensándose en tu aliento.
Por aquí,
justo al lado,
la plenitud del crepúsculo bañando tu rostro,

el creciente esplendor de las hojas
que el otoño sedimenta a nuestro paso.
Vuelven los corazones salados de la infancia,
la espuma de mares sin orilla
donde intentamos conjurar el tiempo,
avanzando por bancales y brumas,
Intento recuperar la abundancia de sonrisas,
el murmullo de las golondrinas
construyendo nidos y transparencias.
Es la hora justa del encuentro,
cuando todo tiembla al roce de tu piel
y se ilumina el día sin necesidad de estrellas.

El movimiento de los insectos

Hubo un tiempo gris con faros en la noche
y pasos inseguros avanzando hacia las tinieblas.
Un trozo de cuerda, cualquier alambre
servía para abrir surcos en la carne.
Eran golpeados por sombras y fusiles,
desapareciendo del universo
con interrogantes ojos que acechaban el alba:
ver el sol,
sentir sobre la camisa el sabor amargo
del amanecer postrero.
Querían fumar el último cigarrillo;
suplicaban por un trozo de papel
donde dejar escrito su amor por la esposa,
la madre,
los hijos ya sin hadas
ni historias de brujas y piratas junto a la lumbre.
Hubo una época de vértigos y dagas,
estaciones remotas con viudas de trémula mirada
y corazones arrasados
por la silente inclemencia de las balas.
La gente regresada a sus casas sin ventanas
con un simple hatillo de ropa agujereada.
Imposible describir el movimiento de los insectos
presagiando altos herbazales en los campos abandonados.

Autor: **Miquel López Crespi**
Obra ganadora

Certámenes “Villa de Azuqueca 2003”

XIX Certamen Nacional de Poesía “Villa de Azuqueca”

de Rubén Álvarez Vázquez

E
l
v
i
a
j
e
d
e
L
a
u
r
a

Pocas horas pasaron desde que Laura llegó por vez primera a Los Alcázares. Un breve paseo por la playa despejó las dudas y temores arrastrados durante todo el viaje y le hizo olvidar el enfado de su familia ante su inesperada decisión: marchar sola de vacaciones.

Cuando Laura era joven quería ser mayor para tener autonomía y no sufrir la férrea disciplina de sus padres, propia de épocas donde algunas familias se organizaban y vivían a la usanza de un regimiento de infantería.

Ahora que peinaba canas y tenía todo el tiempo del mundo para sí, con los hijos y nietos criados y el pobre Pablo (Q.E.P.D.) reposando en el cementerio de San Esteban, ahora que tenía experiencia de la vida y raciocinio bastante para cuidarse por sí misma, resultaba que su propia familia no había entendido su decisión, tachándola poco menos que de loca.

A pesar de que el siglo XX acababa de expirar, en muchos lugares de su Asturias natal, especialmente en zonas rurales como su parroquia, pervivían comportamientos y pensamientos anticuados, verdaderas rémoras del pasado.

Una de ellas era la consideración de la mujer como algo secundario frente al hombre, ya fuese padre, hermano o marido. En cualquiera de aquellos pueblos de postal, perdidos en las laderas de la cordillera Cantábrica, la hembra nacía para ayudar desde muy pequeña en las tareas del hogar materno, para ser cortejada por algún vecino o pariente de total confianza de la familia (más valorado cuanto más cercano era su pueblo de origen), para administrar el hogar conyugal mientras el esposo ganaba el jornal en la mina o atendía la modesta hacienda, para sufrir varios abortos (en los que algo tenía que ver, probablemente, el agotador trabajo diario, sumado a la deficiente alimentación) y criar varios hijos, y después de estos, los nietos, y finalmente para cuidar el marido, que por la edad y los males de la mina enfermaba generalmente antes que su mujer.

Su labor diaria era fundamental en el hogar, pero por ser algo que se consideraba implícito en la condición femenina, no era nada valorado por los demás. La gente de su entorno la había hecho sentir que su papel en la vida se reducía únicamente a mantener el puchero caliente, la ropa limpia y el coño disponible (con perdón) según el capricho de su esposo.

Poco habíamos avanzado desde los tiempos de la abuela Felipa, aquella que había parido nueve hijos y que cada vez que bajaba a la Villa los días de mercado, tenía que aguantar el chiste fácil de Eduardo, su cónyuge: “Aquí venimos diez y la *ponedora*”. La ponedora. Como si fuese una gallina... Menudo imbécil.

Pero claro, la mujer podía hacer de todo menos pensar y decir más de la cuenta, así que cuando en el corrillo que se formaba al caer la tarde en la plaza del pueblo, alguien (generalmente del sexo masculino) contaba anécdotas como la anterior, las mujeres esbozaban una sonrisa cómplice, como ignorando el desprecio hacia ellas que latía en el interior de aquellas historias, surgidas de las más profundas cavernas del machismo dominante en la aldea.

II

ESA era la norma desde que el caballero García había expulsado las huestes moras de las tierras del valle, como contaban los viejos junto al fuego del invierno. Laura había visto la primera luz del sol en una pequeña aldea del sur de Asturias, rodeada de grandes bosques de castaños y robles, en un valle cerrado por una formidable peña que ocultaba los pasos de montaña a la vecina Castilla.

Su familia se dedicaba a la labranza y la ganadería, trabajando algunas huertas y prados en su mayor parte arrendados por el señor de un pueblo cercano, poderoso propietario al que los vecinos del valle conocían por el descriptivo nombre de “el amo”.

La infancia había sido breve: el recuerdo más frecuente era la sensación de abandono por parte de los padres, y su imagen imborrable el encierro de todos los hermanos (ocho) en un cuarto de la casa mientras los progenitores laboraban en el campo. Muchas veces se repitió el mismo cuadro, con el fondo invariable de una ventana enrejada, única salida a la libertad de la calle, y el molesto olor a orines o heces cuando los más pequeños se lo hacían encima.

Luego siguió la rudimentaria instrucción en la pequeña escuela habilitada en un cuartucho de la iglesia parroquial, impartida por un maestro que esporádicamente (cuando el cura no lo veía) intentaba sembrar en las mentes infantiles la semilla del republicanismo, el laicismo y la justicia social. En las horas en que no asistía a la escuela (que eran las más), Laura ayudaba a las tareas domésticas: atender los animales, lavar y coser la ropa, amasar y cocer el pan, cocinar, cuidar a los hermanos pequeños... En determinadas épocas los trabajos se multiplicaban: por el verano, se segaba y recogía la hierba de los prados y se subían las vacas a los pastos de las montañas; en el otoño, se recogían las avellanas, las manzanas y las castañas y se bajaba el ganado a los pueblos; por el invierno, se tejía diariamente al calor del lar y se atendía a los animales en las cuadras; en la primavera, se sembraban los huertos de hortalizas que se recogerían ya avanzado el verano, casi en septiembre.

Muy pocas eran las diversiones en aquellos días de trabajo de sol a sol: las fiestas patronales, bien fuese la de San Pelayo, allá por mayo, en una pequeña ermita aislada en el monte, o el Corpus, San Antonio, el Rosario o San Esteban, en el marco más imponente de la sólida y vetusta iglesia parroquial. Allí se asistía a la misa, con el cura recitando incomprensibles latines ante la cara de sorpresa de los santos del retablo; se subastaban los panes de escanda y bollos dulces donados por algunos vecinos (sencilla forma de financiar los gastos de la romería); las familias merendaban en el soleado prado y se organizaba el baile, a veces con gaita y tambor, a veces con acordeonista o violinista, pero siempre a la sombra de los enormes *alcafresnos* que custodiaban el templo.

No obstante, los padres se preocupaban mucho de la rectitud del camino de sus retoños, y aunque estos volvieran de la romería a las tantas de la noche (que nunca solían ser más

Certámenes “Villa de Azuqueca 2003”

XIX Certamen Nacional de Poesía “Villa de Azuqueca”

de Rubén Álvarez Vázquez

E
l
v
i
a
j
e
d
e
L
a
u
r
a

de las dos o las tres), no dejaban de despertarlos a las cinco o seis de la mañana, como todos los días, para atender el cumplimiento de los deberes inexcusables de cada jornada.

Otra forma de escape a la monotonía de los trabajos eran las reuniones con las amigas cada tarde, pero aquí, como en tantas otras cosas, llevaban los varones más ventaja, porque estos, una vez atendidas sus respectivas haciendas, podían reunirse a fumar y jugar en la bolera, pero las mujeres, amén de coadyuvar en el sustento de la economía familiar, tenían que cumplir con las interminables tareas domésticas, de las que los hombres estaban exentos en virtud de una norma no escrita y de ignoto origen. Al final, sólo restaba una hora o dos para el solaz diario, y eso cuando no era interrumpido por las voces desaforadas de la madre reclamando el cumplimiento de alguna tarea imprevista y urgente. Las riñas, por supuesto, se multiplicaban si el destinatario era una mujer.

En aquellas plácidas reuniones las chicas intercambiaban inocentes confidencias, improvisaban cantares de enamorados y miraban de reojo a los chicos que fumaban y platicaban orgullosamente apoyados en la pared de un pajar. A veces se comentaban las noticias recientes, como el nacimiento de algún hijo de soltera en la vecindad, la marcha de un joven a la América, al servicio militar o a trabajar en las cercanas minas, entonces prósperas y abundantes.

Era una época de transición entre el viejo mundo -el del Antiguo Régimen tutelado por los últimos vástagos de la nobleza local, propietarios de casi todas las tierras de valor del valle, y los paternalistas párrocos, recelosos ante las nuevas ideas traídas por el progreso y el nuevo mundo, el de la industria, la justicia y las preocupaciones sociales.

Laura pocas veces había salido del valle, pero en esas ocasiones, con motivo de trabajar las tierras de algún labriego acomodado de los pueblos bajos del concejo, había tenido la oportunidad de escuchar el discurso de ciertos revolucionarios locales que empezaban a organizar a sus partidarios bajo novedosos principios como la libertad, la igualdad, la justicia, el socialismo. Las nuevas ideas recorrieron el valle de Norte a Sur, de Este a Oeste, y prendieron en las mentes de los jóvenes que machacaban sus cuerpos y perdían la salud en el inhumano trabajo de las minas, y en las de los miserables campesinos que llegaban a la vejez tan pobres como habían nacido, trabajando de sol a sol en las tierras de la nobleza local.

Pronto llegó el encontronazo entre los nuevos vientos de igualdad y libertad y las ideas que pervivían en la mente de los más maduros. Estos veían con preocupación el entusiasmo de sus hijos por las revolucionarias ideas, opuestas a la tradición que siempre había regido la vida en el valle, y estaban convencidos que de aquellos cambios no podía venir nada bueno, todo era cuestión de tiempo.

Sin embargo la catástrofe tardó en llegar a la aldea. La revolución de octubre no causó trastornos en la plácida vida del concejo, y los ecos de los combates en las cuencas mineras y en Oviedo quedaron muy, muy lejos. El hecho más relevante del que fue testigo Laura ocurrió al año siguiente,

cuando uno de sus amigos recibió una brutal paliza en el puesto de la Guardia Civil por disfrazarse de número de la Benemérita durante el *antroxu*, que por entonces estaba terminantemente prohibido.

Pero las desgracias pronosticadas por los mayores de la aldea llegaron poco después con la guerra. Las mujeres, Laura entre ellas, asumieron el mando de sus haciendas, porque los varones fueron reclamados por las autoridades republicanas y las organizaciones de trabajadores para servir en el combate contra los rebeldes. Alguno de ellos quedó para siempre enterrado en las trincheras de Oviedo.

Aquel fue un tiempo extraño, en el que el clima se contagió de la locura de los hombres, y la lluvia dejó de caer y fue reemplazada por un sol inclemente que causó tremendas sequías y arruinó las cosechas. A esto se añadió la dificultad de adquirir comestibles, racionados debido a su escasez, transacción que requería necesariamente el vale del sindicato o de la gestora municipal. Hasta el dinero de siempre había desaparecido, y los viejos refunfuñaban al ver el papel barato que hacía las veces de moneda oficial en la región.

Pronto la suerte de la guerra cambió, y los rebeldes que inicialmente iban a ser pulverizados en pocos meses, se tomaron en amenaza real para la supervivencia del Norte leal a la República. Hasta las mujeres fueron movilizadas para ayudar a fortificar las cumbres del puerto Ventana e impedir el paso por él de los facciosos.

Laura subió contenta al puerto, llevando de ramal al burrito que portaba los pesados rollos de alambre de espiño, ya que la inesperada visita a aquellas alturas era una inmejorable ocasión para ver a Pablo, del que se había hecho novia poco antes de estallar la guerra.

Allí encontró a su amado, y también a uno de sus hermanos, pero estaban irreconocibles con aquellas enormes y descuidadas barbas, los rostros quemados por el aire y el sol de los puertos y los monos sucios por tumbarse todo el día en las embarradas trincheras.

Y en las montañas de caliza, entre los matorrales y rocas, Laura entregó por primera vez su cuerpo a Pablo, vencida su resistencia inicial por los constantes ruegos y el forcejeo casi violento de aquel hombre ansioso de escapar de alguna forma a las tensiones y el cansancio de los interminables meses en las alturas. Fue un momento breve cuyo recuerdo, más que placentero, fue la sensación de que algo en ella había cambiado, de que su cuerpo virginal había sido manoseado por unas manos sucias de barro, sus labios carnosos besados por una boca con regusto de vino y aliento de tabaco, y de algo que entraba en ella y la dominaba de una forma casi brutal, puramente instintiva. Aquella tarde descubrió que durante el resto de su vida estaría bajo el dominio de Pablo, sería su criada durante el día y un mero cuerpo para utilizar durante la noche. En unas pocas horas descubrió el sentido de su existencia, lo que el destino le tenía deparado desde que había nacido hembra. Sabía que él la quería, pero el amor que le ofrecía de palabra y de obra convivía con la sensación de ser un objeto al servicio de su hombre, sin voz ni voto.

Certámenes “Villa de Azuqueca 2003”

XIX Certamen Nacional de Poesía “Villa de Azuqueca”

de Rubén Álvarez Vázquez

E
l
v
i
a
j
e
d
e
L
a
u
r
a

A la noche retornó a la aldea sintiéndose en cierta forma mancillada, casi violada, pensando que las miradas de la gente descubrirían su pecado. Para mayor incomodidad la regla, esa hemorragia vergonzosa de la que todos hablaban en voz baja o con eufemismos, se retrasó bastante aquel mes, así que a la sensación de ser un objeto usado se unió el temor de estar embarazada a consecuencia de su desliz.

Finalmente el frente norte cayó en manos de los nacionales, y los viejos recordaron una vez más que todo aquello era consecuencia de las locas ideas de los jóvenes, que habían pretendido alterar unas costumbres y formas de vida antiquísimas, y a consecuencia de aquellas locuras y ciertos desmanes derivados (muertes de sacerdotes, incendio de la parroquia de la Villa, asesinatos de gentes de derechas) venían ahora terribles castigos para todos.

III

LAURA se sienta cuidadosamente en el borde de la cama y contempla su Documento de Identidad posado en la mesilla. Le recuerda su primer D.N.I., o cédula de identidad, o como quiera que se llamase, el que tuvo que solicitar inmediatamente después de la entrada de los nacionales en el valle. La primera medida que adoptaron los vencedores fue identificar a todos los vecinos del concejo y detectar su filiación política para depurar los elementos perniciosos para la sociedad. Muchos jóvenes y no tan jóvenes, temiendo delaciones y represalias, se ocultaron en recónditas cabañas o establos, hasta que se calmara la situación o pudieran pasarse a la zona aún controlada por la República. Otros, y Pablo con ellos, se echaron literalmente al monte, con unas pocas armas, para evitar ser capturados y fusilados, malviviendo ocultos en cuevas y bosques, con la amenaza constante de una emboscada de la Guardia Civil o de la brigada que se dedicaba a cazar rojos y que, irónicamente, estaba comandada por un tío político de Laura, deseoso de vengar la persecución que había sufrido en sus carnes por causa de sus ideas conservadoras.

Fueron años tan duros como los de la guerra, o incluso más. Además de seguir sosteniendo los hogares, ya que la mayoría de los hombres estaban echados al monte, prisioneros de los nacionales o sirviendo como soldados forzosos en el ejército de Franco, las mujeres tenían que resistir la constante presión de los soldados y guardias que querían averiguar el paradero de los *fugaos*, y soportar sus constantes groserías, sobre todo si se trataba de una joven guapa como Laura.

Un día particularmente nefasto fue cuando el pueblo en pleno recibió la orden de presentarse en una aldea vecina, en casa de aquel amo que naturalmente ocupaba influyentes cargos en la improvisada burocracia de los nacionales. y allá se encaminaron todos, ancianos, mujeres, niños y los pocos hombres presentes, la mayor parte descalzos, caminando durante tres kilómetros por una senda embarrada, hasta llegar a la orgullosa casona, ante el imponente soportal donde aparecieron unos soldados gallegos, sonrientes, borrachos, cantando y tocando la gaita, y uno de ellos, blan-

diendo unas tijeras, gritó a los vencidos la frase más humillante que oírían en su vida: "Asturianos, os vamos a cortar el pelo al cero".

Laura siempre tendría un nudo en el estómago al recordar todo el pueblo atemorizado llorando ante las crueles burlas de un puñado de soldados que eran tan pobres como ellos. Lo verdaderamente penoso era ver que unos y otros no eran más que marionetas manejadas por poderosos, ya se llamaran curas, terratenientes, políticos o revolucionarios. Todos eran igual de desgraciados en ese momento y pocos motivos tenían para burlarse de nadie.

Acostada en la cama del hotel, el frescor de las sábanas limpias recuerda a Laura, por asociación de sensaciones opuestas, las penosas condiciones de los catres de los detenidos en el campo de prisioneros de Avilés, donde estaba confinado Pablo después de entregarse a la Guardia Civil.

Pocos meses habían bastado a los *fugaos* para darse cuenta de que su lucha era inútil, que nada podían hacer ocultándose para siempre en el monte, como no fuera truncar irremisiblemente sus últimas esperanzas y sus vidas. Por mediación del *Roxu*, un militar franquista que era pariente lejano de la familia de Laura, los derrotados pudieron pactar una rendición en un lugar señalado con garantías de no terminar ante el pelotón de fusilamiento, hecho que dio lugar a otra emotiva escena cuando las mujeres del pueblo vieron pasar en la lejanía, por la carretera del monte, la camioneta que llevaba a los detenidos: niñas, jóvenes y ancianas, arrodilladas en lo más alto de la aldea, extendían sus brazos hacia el monte, como queriendo coger la camioneta, ridículamente pequeña en la distancia, con sus manos, para liberar a sus seres queridos, entre lamentos y lágrimas. Cuánta desgracia, cuánta pena en tan pocos años, habían visto los ojos de Laura, como si todo en su vida fuesen calamidades, las desgracias y penurias que los agoreros ancianos recordaban a diario, reprochando a los jóvenes su temeridad.

Por fin, tras un juicio rápido y con veredicto de culpabilidad conocido de antemano, y unos años de purga de los pecados ideológicos en un campo de trabajo de Andalucía, Pablo retornó a su aldea natal con el firme propósito de dedicar el resto de su vida a trabajar, a fundar una familia y a no meterse en política, por lo menos mientras viviese el caudillo. Así, poco tiempo después Laura y Pablo se casaban en la vieja parroquia, con las bendiciones de Don José, el cura que volvía a sus dominios espirituales tras el terrorífico paréntesis de la guerra, que había dejado en el templo el rastro de algún santo descabezado o tuerto.

Los años que siguieron discurrieron conforme a los cánones tradicionales que regían el valle desde siempre: Pablo trabajaba las huertas y atendía el ganado, con la ayuda de su mujer, y mientras él picaba carbón en la mina, Laura asumía las labores de la casa, como había aprendido desde niña. Pronto llegaron los hijos, dos niñas y un niño, que supusieron nuevos agobios económicos para la joven pareja, aunque en contrapartida sirvieron para que Laura dejara de sentirse un mero objeto ante las demandas sexuales de su marido: la visión de aquellos pequeños seres nacidos de su interior apaciguaba las connotaciones de sumisión de la vida conyugal con Pablo, al que nadie había educado para saber amar a una mujer, sino para poseerla simplemente, como otro bien más. Por ello Laura envidiaba mucho la libertad e igual-

Certámenes “Villa de Azuqueca 2003”

XIX Certamen Nacional de Poesía “Villa de Azuqueca”

de Rubén Álvarez Vázquez

E
l
v
i
a
j
e
d
e
L
a
u
r
a

dad entre ambos sexos lograda posteriormente, sobre todo a partir de los años setenta. Pero aún quedaba mucho camino por recorrer, y más en una zona rural como la suya.

Después de una juventud accidentada y una posguerra de penurias, la vida pasó rápidamente para Laura. Los años transcurrían conforme al mismo esquema repetido desde tiempo atrás, según el ritmo de las estaciones y los trabajos agrícolas y ganaderos. El concepto “vacaciones” aún no se había llegado a aquellos valles, teniendo en cuenta que los pocos días libres que disfrutaban los mineros tenían que emplearse forzosamente en el trabajo de la modesta explotación familiar.

Los hijos crecieron rápidamente y emprendieron su propio camino en compañía de los vecinos o vecinas que un día compartieron sus juegos en la aldea. El valle empezó a despoblarse lentamente, al compás que marcaba la prosperidad de otros lugares como Gijón o las cuencas mineras. En las últimas décadas del siglo XX el vecindario permanente se limitó a los jubilados y unos pocos niños que pronto levantarían el vuelo a zonas más dinámicas. La única animación era la que traían los coches de los visitantes de fin de semana o vacaciones, en busca de la tranquilidad desconocida en los inmensos bloques de cemento.

A pesar de estar la casa vacía de hijos y la hacienda familiar reducida al mínimo, ya que Pablo se había jubilado por enfermedad, Laura no tenía oportunidad de disfrutar de un descanso: tenía que proseguir con el buen gobierno de su casa y el cuidado de su marido, en delicado estado de salud. Los últimos años fueron, si cabe, más trabajosos, porque el estado del hombre empeoró y exigía un cuidado y presencia constante a su lado. Laura estaba acostumbrada, como hemos visto, al trabajo constante para los demás, pero a veces su resistencia llegaba al límite y no podía reprimir las lágrimas al pensar que nunca podría tener al menos un día para ella misma, sin agobios ni preocupaciones.

Una mañana del último verano Pablo le dijo a Laura que presentía que su final estaba cerca y que no quería verla convertida en una viuda triste y llorona el resto de sus días. Le pidió, le rogó casi, desde el lecho donde reposaba su cuerpo debilitado por la enfermedad y la vejez, que intentara distraerse, dedicarse a sí misma, porque él era consciente en aquel momento de todas las renunciaciones y sacrificios que ella había asumido por el bien de él y sus hijos. y en cierto modo se disculpó, de forma implícita, por no haberle dado una vida mejor.

Laura sabía bien que, detrás de toda aquella vida de privaciones, de trabajos, de obediencia, latía un gran amor, el que existía entre ellos dos, y ese amor, ese afecto tan profundo, aunque materializado tan sólo en los hijos y en algún esporádico regalo o detalle recibido de su marido, la compensaba de cualesquiera renunciaciones hechas en su vida. “Con bien poco me conformaba”, pensaba Laura, convencida de que el verdadero amor se resumía en una sola frase: dar sin esperar nada a cambio.

IV

LLEGÓ el tiempo de la viudedad y la sensación de vacío, de soledad, a pesar de las frecuentes visitas al pueblo de los hijos y nietos. Transcurrido un tiempo prudencial, suficiente para evitar las críticas por pretender solazarse un poco teniendo aún el cadáver de Pablo aún caliente en su fosa, Laura decidió marchar de vacaciones a Murcia, donde vivía una antigua vecina con su marido, mulero jubilado. Pero nunca hubiera osado proponer tal idea, para ella inocente, justificada y más que lógica, si hubiera sabido de antemano la reacción de su familia.

La respuesta de sus hijos fue una rotunda negativa. Para ellos, lo que debía hacer durante sus últimos años era vivir como una viuda al uso, sentada en el portal de la vieja casa tejiendo jerseys y permitiéndose de vez en cuando el gran lujo de pasear hasta el cementerio para ver la sepultura de Pablo. Eso era lo normal. Atreverse a viajar tan lejos, a sus años, era una locura y un riesgo, y sería la semilla de innumerables comentarios, chascarrillos y comidillas en el seno de la aburrida población del valle.

Huyendo de las riñas de sus hijos y las burlas e ironías de los yernos, Laura consultó el asunto donde y con quien mejor lo podía hacer: en su casa y con la almohada. La conclusión final, tras una noche de dar vueltas en la cama y exprimirse las neuronas, fue que por una vez en la vida iba a decidir ella misma.

Había sido campesina y ganadera por nacimiento.

Había sufrido una guerra y sus consecuencias, por el capricho de unos militares levantiscos y sus anárquicos oponentes.

Había sostenido un hogar y criado tres hijos, día y noche.

Había desempeñado el papel de fiel esposa hasta la muerte de su marido, y aún el de enfermera forzosa en los últimos meses de su vida.

Se le acababa la vida y no le restaría tiempo para su propio disfrute.

La decisión estaba tomada: bastaba un aviso a una vecina de confianza para atender las gallinas y gatos y custodiar la llave de la casa, una llamada al *Montepío* para reservar el alojamiento en Murcia y otra a la familia para despedirse con un escueto *hastaluegoquemevoydevacaciones*.

V

Pocas horas pasaron desde que Laura llegó por vez primera a Los Alcázares. Un breve paseo por la playa despejó las dudas y temores arrastrados durante todo el viaje y le hizo olvidar el enfado de su familia ante su inesperada decisión: marchar sola de vacaciones...

A la media tarde del siguiente día llegó la familia de Laura para hacerse cargo de su cadáver. Había fallecido de muerte natural durante la noche. Tuvo un final plácido, probablemente ni se había dado cuenta, pues debía estar durmiendo. Ella sonreía.

Certámenes “Villa de Azuqueca 2003”

XXIV Certamen Nacional de Pintura “Villa de Azuqueca”



Obra ganadora: “Espacio Abierto”

Autor: Cruz Ciudad Boiza